Domingo 31 de mayo de 1992

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

LAS QUE NACEN Y LAS QUE MUEREN

EDITORIALES: MOVIMIENTO PERPETUO

Desde hace treinta años no sucedía lo que ahora: varios sellos editoriales están naciendo al mismo tiempo en la Argentina. Cuando en los 60 surgieron Jorge Alvarez, De la Flor, Eudeba y Galerna, el mercado de los libros entró en ebullición. Lo que aparece ahora en el horizonte es menos estridente, pero tal vez no menos revolucionario. La gran aventura continúa. El relato de lo que se viene fue escrito por Marcos Mayer en la página 2. En la 3, Tomás Eloy Martínez da cuenta de lo que se fue.

THE BUENOS AIRES REVIEW

A la manera de la mítica "The Paris Review", **Primer Plano** incorpora una sección nueva. En su primera entrega, Graciela Speranza entrevista a Ricardo Piglia.

6/7





Los grandes sellos no siempre pueden abarcar todo, aunque quieran. A esos espacios vacíos se han asomado, el último año y medio, media docena de empresas editoriales que aspiran a conquistar el mercado con arrojo e imaginación. Como lo prueban las historias del pasado, no todas sobrevivirán. Pero aun las que desaparezcan van ya camino de enriquecer al lector argentino con obras perdurables. Este es el relato de los recién llegados y de lo que se proponen hacer.

LAS NUEVAS EDITORIALES

LA AVENTURA CONTINUA

MARCOS MAYER

Era el final de una cena de gente vinculada al mundo editorial. Un librero —devoto de los sarcasmos y de las definiciones sumarias— apuró la última copa de vino tinto y, como para sí, dejó caer un aforismo: "Si hay algo más terrible que un editor lamentándose, es un editor eufórico". El encuentro había tenido lugar a pocos días de finalizada la Feria del Libro y había consistido, sobre todo, en un entusiasta recuento de éxitos de venta y profecías de bienaventuranza comercial. Después de mucho tiempo el libro parecía recuperar un mercado, dejando atrás años de depresión, de best-sellers de diez mil ejemplares y de escritores "jóvenes" que debutaban a los cuarenta.

El panorama de cualquier buena librería parece querer refrendar esta impresión. Desde mediados del año pasado, junto a las editoriales tradicionales, nacionales y españolas, nuevos diseños de tapa, títulos diferentes, sellos hasta ahora desconocidos proponen abrirse un camino hacia las preferencias y los bolsillos de los lectores.

LOS NUEVOS. Un recorrido por estos nuevos (como muchos se llaman a sí mismos) emprendimientos, esconde la posibilidad de asomarse a una vibración distinta de esta renovada celebración editorial. Lo primero que se percibe es un discurso en el que no se apunta —aunque muchas veces los títulos contradigan sus dichos— a un éxito comercial. "Editamos a gente que a veces no accede al libro por razones políticas o económicas", sostiene Fermín Alfonso de Letra Buena, una editorial que en poco más de medio año ha puesto casi cuarenta títulos en librerías. Y agrega: "Una vez que el escritor parió hay que sacarle el libro para que pueda ocuparse de otra cosa". Alfonso y su socio, Javier Romero, que se suma a la charla, vienen del mundo del marketing y han armado un complejo que incluye la distribución propia de otras editoriales, además de contar con imprenta.

Las demás editoriales nacen del proyecto de gente vinculada de una u otra manera al libro. Omar Genovese bautizó su proyecto con el nombre de su padre Juan, quien lo inició en las promesas de la lectura, Genovese ha trabajado en la sección gráfica de varias editoriales, insiste en la calidad necesaria que debe tener el libro como objeto y exhibe su primera producción, *Siluetas*, del lectógrafo Luis Chitarroni. "Tenemos un estilo de edición que no responde al marketing según la concepción de las editoriales norteamericanas o centroeuropeas que producen libros digeribles y coyunturales. Queremos un catálogo que perdure, de acuerdo con la vieja tradición argentina."

El mismo cuidado por la presentación y el diseño es uno de los orgullos de las editoras de Beatriz Viterbo ("un homenaje a Borges con el humor de Borges"), profesoras de la Universidad del Litoral y que reivindican, femeninamente, la intuición. "Tratamos de combinar el funcionamiento del mercado con lo que nos gusta y tratamos de darle una estructura al plan editorial para que el gusto no se convierta en capricho." Este modo de organización, común a casi todas las editoriales argentinas, es el de imaginar colecciones por criterio temático, si bien esos criterios tienen que ser nuevos.

Hugo Beas otorgó su apellido a una editorial con lujosas oficinas en la zona de Boedo. En realidad, Beas (la editorial) nace del Círculo del Buen Lector, descendiente del desaparecido Círculo de Lectores en el que Beas (el editor) se desempeñaba, hasta el cierre, como gerente comercial. "Nunca se hizo en este medio un estudio serio de mercado mediante encuestas. Con el Círculo del Buen Lector tenemos 69 mil clientes, con lo que podemos testear lo que quiere la gente."

Su gerente editorial, Julio Acosta, recién llegado de Planeta y egresado de Letras de la Universidad del Salvador, le pone vehemencia a una charla que parece estancarse en cuestiones comerciales: "Estamos trabajando en una narrativa no sectaria, no monopolizada por diversas capillitas literarias. Estamos saliendo de una etapa de yuppies de la literatura a cargo de las grandes editoriales y que alejan a la gente de la materia narrativa en sí. Creo que en la literatura nacional está faltando Boedo y, cuando salga la literatura de Boedo no la para nadie". El de Beas es el único de los nuevos proyectos editoriales que se plantea en abierta competencia con el de las grandes casas editoras. De allí la lista de autores convocados: Abadi, Rascovsky, Víctor Sueiro, Rolando Hanglin, Pipo Pescador y otras estrellas.

Las demás, como Imago Mundi, buscan espacios menos transitados. Horacio Tarcus, su director, se dedica a trabajar una línea de teoría cultural y política dejada de lado por las grandes editoriales. "Apuntamos a un público universitario y a sectores intelectualizados no académicos" y aparece, como enemigo obsesivo, la fotocopia, práctica que se ha extendido como una adicción incontrolable por todo el ámbito educativo. Para esto, libros actualizados y precios accesibles.

Mientras estos proyectos van llegando a las librerías, América Cristófalo y Christian Kupchik, críticos literarios y poetas ocasionales, esperan que en dos meses empiece a leerse su primer título, un análisis del fenómeno **Página/12** a cargo del sociólogo Horacio González y así ver inaugurada Paradiso que, siguiendo el modelo de ciertas editoriales europeas, se propone "difundir literaturas o escritores poco conocidos, redescubrir una poética nueva".

ABRIENDOSE PASO. Hay una coincidencia casi generalizada en hacer planes cautelosos y progresivos y en reivindicar el papel que le cabe a una editorial chica. Genovese cita un adagio francés y lo hace propio: "El editor debe ser pequeño. Cuando se expande debe abrir otra editorial". Y Cristófalo de alguna manea lo explica: "Jugarse al libro de impacto es una apuesta peligrosa o aleatoria que puede llevar a una editorial a la ruina. Mejor apuntar a un mercado estable de lectores". Y salvo Letra Buena, cuya política es lograr presencia en el mercado a través de ediciones permanentes y constantes, los demás, resguardados en una optimista cautela, se proponen no más de diez títulos anuales, o en la caso de Beas, lanzamientos bimestrales. Todavía el mercado requiere ser probado.

Hay, además, un contexto con problemas. Por una parte, una industria editorial que no ha invertido en maquinarias y cuya capacidad de producción es reducida hasta tal punto que muchos editores, inclusive de los grandes, debieron postergar lanzamientos previstos para la Feria del Libro. Por otra, la estructura de las librerías, que no está en condiciones de absorber un ritmo de novedades calculado en 500 títulos por vez. La librería puede ser la jungla donde se pierdan los mejores esfuerzos.

Para poder acceder a buenos lugares de exhibición, tanto Genovese como Imago Mundi y Beatriz Viterbo confían en los vínculos personales y, a juzgar por la visibilidad de sus productos, con bastante éxito. "Tratamos de no depender de una distribuidora, de mantener un trato personalizado con el librero y tener corredo-



res que sean lectores de nuestro material. Todo el entramado comercial fue pensado a través de vínculos culturales'', sostiene Horacio Tarcus.

A su vez, Genovese recuerda las recorridas de sus vendedores llevando las tapas a los libreros para estudiar la recepción, y Adriana Stutti y Sandra Contreras, dos de las chicas de Viterbo (como se las conoce afectuosamente en el ambiente), celebran el acuerdo entre sus gustos y los de la crítica que les dio una recepción calurosa, poco vinculada a la nula capacidad de hacer campañas publicitarias, desventaja que comparten con sus nuevos colegas.

Lo que sorprende al hablar con todos ellos, si se exceptúa el énfasis que despliega Beas y su reticencia a brindar títulos de próximas ediciones hasta concretar contratos, es un apaciguado optmismo. No se escuchan palabras habituales en el medio como sacrificio, pérdida, misión editorial. Nadie alberga demasiadas expectativas económicas, pero —como obedeciendo casi a pacto secreto— no condescienden a la queja, ni aun en el momento de hablar de las dificultades. Prefieren concentrarse en hablar de políticas, estilos, realizaciones y proyectos.

Beatriz Viterbo anuncia un libro de ensayos de Arturo Carrera y otro del francés George Perec, en un diseño de colección, el del libro de reflexiones y ensayos de escritores.



Imago Mundi, luego de las ya publicadas cartas de Franz Kafka, anuncia escritos europeos del peruano César Vallejo y *Crónicas europeas*, de Walter Benjamin.

Paradiso, que ha comenzado la traducción de un libro de viajes de Jan Potocki (el autor de *Manuscrito hallado en Zaragoza*) y de *Aforismos*, de Wallace Stevens.

Juan Genovese Editor apuesta con su colección Imágenes —cajas con fotografías de Eduardo Rey, Eduardo Grossman y Gustavo Gilabert— a internarse en una zona poco explorada, en tanto que Beas postula llenar ''grandes huecos'' en el mercado, como la literatura para adolescentes. Y se descubrió a Víctor Sueiro para estos menesteres y para libros de corte más popular, inaugurando una colección cuyos dos primeros títulos son una antología de poesía y cuento latinoamericano.

Uno de los temores habituales de los nuevos editores es no conseguir autores de prestigio que, temerosos de proyectos no consolidados, no quieran arriesgarse. Sin embargo, esa posibilidad no se dio, al punto tal que Letra Buena fue armando, casi impensadamente, una colección de Comunicación Visual, cuyos tres primeros volúmenes están dedicados al cine con títulos de Sergio Wolf, Raúl Beceyro, Ricardo Parodi y Jorge Zirulnik.

¿DONDE HAY UN MERCADO?

En un reportaje concedido durante su visita al país el año pasado, Félix Guattari sostenía que una de las incomprensiones de la izquierda es la complejidad del mercado. Esas palabras resultaban prematuras o lejanas cuando la estabilidad —condición de posibilidad reconocida por todos los entrevistados para lanzarse a la aventura editorial— estaba aún en ciernes. La cultura es por definición un mercado complejo y el aporte de las nuevas editoriales contribuye a dibujar un mapa donde las ofertas se diversifican y su advenimiento no puede sino ser celebrado.

Todos estos proyectos buscan sus lectores más allá de las seguridades invocadas o desdeñadas por cada uno y en ese sentido también resultan una apuesta que más que comercial es cultural.

Si hoy se discute la existencia o no de un mercado, no todo puede ser una ordalía contable. La justificación de un mercado para el libro sólo se resuelve en una fiesta de la lectura, en la que todo sea algo más que la desesperación o la euforia.

HACE VEINTE O TREINTA AÑOS

Vidas, Pasiones y Muertes

TOMAS ELOY MARTINEZ

Cómo concentrar en pocas líneas una historia que abarca tantos nombres, tantos libros olvidados, tantas dispersiones y exilios? Entre 1961 y 1973 nacieron de pronto, al abrigo de cierta estabilidad económica y de una Buenos Aires en efervescencia, más de quince editoriales que cambiaron para siempre las estructuras del mercado. La mitad —o poco menos— fue aventada por las clausuras, las incertidumbres políticas y las melancolías, y algunos de sus títulos se han eclipsado hasta de las librerías de viejo. Es el caso de La Línea, Jorge Alvarez, Achával Solo, Periferia, Falbo, Tiempo Contemporáneo, Carlos Pérez, Merlín, Brújula. Otras languidecieron luego de una fugaz resurrección, como Crisis. Las demás sobreviven, remozadas y prósperas algunas o bien como tenue reflejo de lo que fueron: en esa lista de luces y sombras están Eudeba, Fraterna, Corregidor, Centro Editor de América Latina, Nueva Visión, Galerna, Búsqueda, De la Flor.

Este recuento está consagrado sólo a las desaparecidas, aunque en algún momento todas las historias de todas se entremezclan.

Pese a que no fue la primera en nacer, la editorial Jorge Alvarez determinó, sin embargo, el destino de casi todas. A mediados de 1960, mientras trabajaba como empleado de la librería De Palma, Jorge Alvarez en persona tomó conciencia de su audacia empresaria, de su imaginación y de su poder de convocatoria. Decidió entonces ''ponerse por su cuenta'' en un pequeño local de Talcahuano casi esquina Lavalle, y desde allí movió todas las estanterías intelectuales de la época. ''Era un tipo flaquito y feo, que no parecía para nada carismático'', evoca Liliana Heker, de quien Alvarez incluyó un cuento en su volumen *Crónicas del amor*, meses antes de publicarle el primer libro.

Arbitrario en sus gustos, en sus relaciones con los autores y en su concepción de los negocios, Alvarez era el perfecto transgresor: armaba libros de relatos de escritores varios —algunos de primera línea—, los publicaba sin autorización y esquivaba luego los pagos de derechos. Sin embargo, derivaba sus ganancias hacia escritores primerizos por los que sentía confianza o hacia otros sin dinero por los que sentía respeto. Entre 1967 y 1968 (por citar un ejemplo) le pagó a Rodolfo Walsh un salario mensual para que se recluyera en el Tigre a completar lo que luego serían *Los oficios terrestres* y *Un kilo de oro*, dos de sus libros. Esa situación era nueva en la literatura argentina y tal vez nunca volvió a repetirse. Lo que ahora se acostumbra —el pago de anticipos sobre libros en estado de proyecto— no es en absoluto lo mismo.

Hacia 1966, adelantándose a los tiempos, Alvarez organizó una especie de *holding* a través de un sistema de participaciones en editoriales que surgían como desprendimientos de la suya: De la Flor, de Daniel Divinsky; Tiempo Contemporáneo, de Alberto Serebrinsky y Natalio Wizñaki, y Carlos Pérez, su productor gráfico. Pérez elaboró una estrategia de mercado similar a la de Jorge Alvarez y el sello que llevaba su nombre perduró menos de una década. Divinsky derivó primero hacia una literatura irreverente, de vanguardia (y así descubrió a los argentinos la obra de Paul Nizan, Raymond Roussel, Luis Rafael Sánchez), y luego concentró en sus manos lo mejor del humor gráfico nacional, desde Quino y Fontanarrosa hasta Rudy y Paz. Pero también a esta segunda región Jorge Alvarez había llegado primero: la edición inicial de *Mafalda* se debió a uno de sus golpes de instinto.

Tal como sucede ahora, los recién llegados de los años 60 trataban de ocupar los espacios que los grandes sellos habían descuidado. Serebrinsky y Wizñaki, que habían apostado tímidamente a comprar los derechos de *El idiota de la familia*, el monumental ensayo de Sartre sobre Flaubert, se enteraron con pasmo de que el autor los había elegido para que lo editaran —separándose así de Losada—, y asumieron el compromiso con extrema seriedad, asesorándose con académicos argentinos. Algunas de las mejores obras periodísticas de Norman Mailer como *Los ejércitos de la noche* o *Miami y el sitio de Chicago*, así como algunos de los mejores hallazgos de Ricardo Piglia en el campo de la literatura policial fueron lanzados por Tiempo Contemporáneo y, tras el cierre de la empresa, nunca se reeditaron.



La dictadura militar acabó o estuvo a punto de acabar con casi todos: Divinsky y su esposa Ana María Miler fueron encarcelados durante un año porque el régimen vio subversión en el puño rojo que adornaba la tapa de un libro para niños y después debieron emigrar; Carlos Pérez desapareció; Serebrinsky y Wizñaki se exiliaron en Caracas y desde allí vieron cómo su editorial agonizaba en manos de un administrador negligente.

A través de la revista *Primera Plana*, de la circulación continua por la calle Corrientes —que funcionaba para todos ellos como el patio de la casa— y de los encuentros en las veladas del Di Tella o del Florida Garden, los nuevos editores y escritores de los 60 eran como una familia: abigarrada y maledicente por supuesto, pero que se creía indestructible.

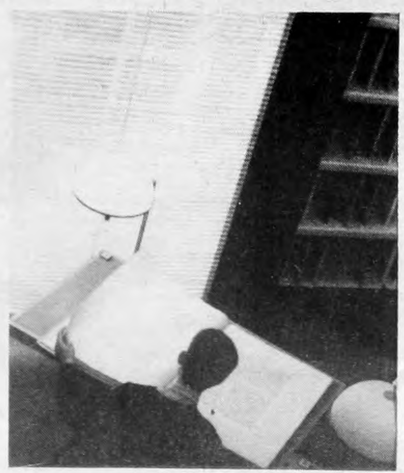
A Julia Constenla, una de las principales colaboradoras de Jorge Alvarez —fue ella quien organizó las Crónicas del Amor, del Pasado, de la Burguesía, de Buenos Aires— se debe también la organización de la revista *Crisis*, el lanzamiento de la editorial que llevaba ese nombre y la dirección de La Línea, que alcanzó a perdurar sólo unos pocos meses. ''El mercado era tal vez más amplio'', recordaba ella, en abril pasado. ''Las librerías eran más, los libreros eran mejores. Había locos que escribían, locos que editaban y locos que compraban. Ahora no hay locos. Ahora hay sólo pragmáticos.''

Pero el primero que enloqueció del todo fue también Jorge Alvarez. Hacia 1970 estaba ya en tantas cosas que no terminaba por estar en ninguna. La editorial se volvió rutinaria y cedió la iniciativa a Crisis en los libros políticos, a De la Flor en los de vanguardia, a Brújula (de Eduardo Stilman) en el redescubrimiento de los clásicos, y a Galerna y Corregidor en la búsqueda de nuevos narradores. Alvarez volvió entonces sus ojos hacia el rock, se convirtió en promotor de algunos músicos prometedores y fundó el sello Manal. Después se perdió en la noche y se convirtió en un mito. Durante algún tiempo se dijo que vivía en Brasil, pero hay quienes lo han visto (dicen) en Madrid o en Barcelona o en las dos ciudades a la vez, como sucede con los sueños.

Cuando Jorge Alvarez abrió su editorial, el único rival a la vista era Falbo, un librero de la calle Florida famoso por su sofisticación y su ingenio. Falbo irrumpió en la escena con obras de María Elena Walsh y de Miguel Briante, y durante algún tiempo los reflectores lo iluminaron sólo a él. No demasiado. A los dos o tres años fue a dar en la cárcel por un cheque sin fondos (eran otros tiempos) y terminó exiliándose en Roma.

La modernización de la cultura argentina comenzó entonces y persistió, aunque con cicatrices, durante los años que siguieron. Que el ciclo vuelva a repetirse, con editoriales nuevas y tal vez más sensatas, es un signo de que no ha terminado aún. Nada ha terminado.

(Investigación: Blas Martínez.)



Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El séptimo mandamiento*, por Lawrence Sanders (Emecé, 12 pesos). Una inspectora de seguros viaja a Nueva York para investigar el violento asesinato de un joyero millonario. Con la ayuda de un detective policial descubre que detrás de la fachada impecable del imperio se esconde una madeja de intrigas y corrupción.	2	3
2	*Camino a Omaha*, por Robert Ludlum (Emecé, 16 pesos). Retomando la veta humorística de *El camino de Gandolfo*, Ludlum desentraña a través de dos personajes, el general Hawkins y el abogado Deraux, un oscuro tratado del gobierno norteamericano con una tribu india para apoderarse del estado de Nebraska.	7	3
3	*Le gusta la música, le gusta bailar*, por Mary Higgins Clark (Emecé, 15 pesos). El título de esta historia de suspenso es tan sólo el principio de un aviso personal. ''Varón, soltero, 40 años, profesional, busca atractiva mujer de 25-30 que le guste la música'', concluye el clasificado que lleva a la muerte a cualquiera que responde.	5	6
4	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver ''ileso'' de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	4	24
5	*Inshallah*, por Oriana Fallaci (Emecé, 26 pesos). Monumental novela que intenta rendir homenaje a las víctimas de todas las matanzas del mundo. Entre personajes imaginarios, historias semiauténticas y paisajes de guerras reales, se mueve esta defensa de la vida.	3	7
6	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	1	29
7	*Siempre es difícil volver a casa*, por Antonio Dal Masseto (Planeta, 12,40 pesos). Cuatro hombres desesperados deciden asaltar un banco y huyen después de ser descubiertos. Pero su fuga altera por completo la tranquila vida de la provincia: afloran viejos rencores y los asaltantes pasan de ser victimarios a erguirse en víctimas.	—	1
8	*Lady Boss*, por Jackie Collins (Vergara, 16 pesos). Un libro de Hollywood y el mundo del espectáculo al estilo Jackie Collins: Lucky, la protagonista, se hace cargo de un colosal estudio de cine y se involucra en historias de sexo, droga y traición.	9	6
9	*Paraíso privado*, por Judith Krantz (Emecé, 15 pesos). La creadora de *Princesa Daisy* y tantas heroínas cosmopolitas presenta ahora a Jazz, impetuosa y alocada fotógrafa profesional y sorprendida heredera de un codiciable paraíso privado de tres millones de dólares.	6	11
10	*Cuando éramos felices*, por Isidoro Blaistein (Emecé, 11 pesos). Una recopilación de relatos basados en vivencias autobiográficas que transcurren en barrios inconfundiblemente porteños. Cuentos testomiales en una prosa que apela al humor y la ironía.	—	1

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos) Nueva visita para desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	1	7
2	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	2	25
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	48
4	*Fuegos de artificio*, por Daniel Muchnik (Planeta, 13,95 pesos). Un análisis polémico sobre el Plan Cavallo. El autor sostiene que su éxito es aparente y que sus días están contados. Su debilidad, según Muchnik, es la falta de una política de crecimiento sostenido, tanto en el plano interno como en el externo.	4	3
5	*Pensamientos del corazón*, por Louis L. Hay (Urano, 12 pesos). Meditaciones y tratamientos espirituales que recomiendan conectarse con el *Ser interior* para mejorar la calidad de vida y confiar en la capacidad de cambiar.	—	25
6	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 11,80 pesos). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	7	36
7	*Almirante Cero*, por Claudio Uriarte (Planeta, 17 pesos). La biografía no autorizada del almirante Eduardo Emilio Massera. Sus ambiciones desmedidas, sus temibles ''ajustes de cuentas'' y su proyecto político dan cuenta, además, de la puja entre las Fuerzas Armadas y los siniestros juegos de poder de la última dictadura militar.	9	12
8	*Señales de guerra*, por Lawrence Freedman y Virginia Gamba-Stonehouse (Vergara, 18 pesos). A diez años del conflicto del Atlántico Sur, un ensayo a fondo elaborado a partir de todas las fuentes disponibles. Texto obligatorio en las academias de guerra de Estados Unidos e Inglaterra.	6	11
9	*Todo o nada*, por María Seoane (Planeta, 17,50 pesos). La biografía del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho en una investigación que revela dimensiones desconocidas de su vida y construye el retrato de una década trágica.	—	28
10	*Amate a ti mismo, cambiarás tu vida*, por Louise L. Hay (Urano, 14 pesos). El último capítulo de este libro, un manual de autoayuda basado en *Usted puede sanar su vida*, se titula: ''Me veo a mí misma bajo una nueva luz''. Para lograrlo, hay que pasar por una larga serie de ejercicios propuestos por la autora.	10	5

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross (Rosario); Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Carlos Alberto Floria y César A. García Belsunce: **Historia de los argentinos** (Larousse, dos volúmenes). Una de los más equilibrados manuales sobre la compleja historia nacional, y de los pocos que soslayan con inteligencia la manipulación ideológica y el sectarismo. Publicado hace dos décadas y reeditado con asiduidad, es lanzado ahora como un nuevo libro, con una puesta al día que llega hasta la elección de Menem.

Paul Bowles: **La tierra caliente** (Alfaguara). Otro descenso al purgatorio de la vida en pareja, tallado con la misma maestría de *El cielo protector*, pero esta vez en un paraje más inhóspito: no el norte de Africa sino una ciudad tropical de América latina.

Birgit Vanderbeke: **Mejillones para cenar** (Emecé). Retrato del poder en la intimidad de una familia, metáfora del desencuentro entre las dos Alemanias, esta primera novela está escrita con la tersura de Handke y la crueldad de Bernhard.

Carnets///

FICCION

Mapa porteño

Es lógico empezar por las omisiones, que suelen constituir —¿quién lo ignora?— el encanto más indudable de las antologías'', decía Jorge Luis Borges en febrero de 1931 al reseñar en la revista *El Hogar* la reciente compilación de cuentos policiales preparada por Dorothy Sayers. Y es cierto. *Buenos Aires*, la nueva antología de narrativa argentina seleccionada y prologada por Juan Forn, invita a (y busca) la polémica.

La elección de los textos y de los escritores que se propone como un mapa de la literatura argentina actual es azarosa y ecléctica: el fuerte criterio de inclusión que une a ''tres generaciones'' de escritores argentinos, junto con el intento de borrar, por la simple coexistencia, cualquier atisbo de partidos estéticos o ''capillas estilísticas'', hacen sospechar que, como bien se señala en el prólogo, esta antología es el producto de un capricho. Pareciera que sólo desde allí es posible leer la reunión de los quince escritores seleccionados y la ausencia de casi otros tantos. Abelardo Castillo, Isidoro Blaistein, Ricardo Piglia, Fogwill, Tununa Mercado, Alberto Laiseca, Rodolfo Rabanal, Ana María Shua, César Aira, Cecilia Absatz, Guillermo Saccomanno, Sylvia Iparraguirre, Alan Pauls, Juan Forn y Rodrigo Fresán circulan por estas páginas brevemente presentados por el editor y, aunque no se señalen las fechas de su escritura, cada cuento está acompañado por un conciso testimonio del autor donde expone las condiciones en que lo escribió o las motivaciones que lo llevaron a hacerlo.

BUENOS AIRES. UNA ANTOLOGIA DE NUEVA FICCION ARGENTINA, edición a cargo de Juan Forn. Editorial Anagrama, 234 páginas.

Sin embargo, lanzada al mercado español por la editorial Anagrama con el explícito deseo de ''paliar el desconocimiento y la ignorancia que existen en España respecto de nuestra literatura actual'', *Buenos Aires* tiene presupuestos más sólidos que un simple capricho. Volviendo al subtítulo del libro: ''nueva ficción argentina'', es lícito preguntarse ¿nueva en qué y para quiénes? Juan Forn, en el prólogo, lo aclara: ''Todos los autores que aparecen en esta antología son desconocidos o muy escasamente conocidos en España''.

Y en efecto, es justamente el mercado de público para el que está pensada esta antología el que impera fuertemente en el criterio de selección: la presencia de la escritura femenina que, como quedó bien claro en la encuesta realizada por la revista *Humor*, circula en el sistema cultural argentino por senderos más marginales que los que esta compilación lleva a suponer; el acento con el que se señalan las diferentes instancias de reconocimiento internacional de cada uno de los escritores convocados (tanto el sistema de traducciones como su incorporación a circuitos académicos o periodísticos extranjeros); y, por último, la significativa ausencia de un escritor como Juan José Saer (que no es ''nuevo'' para el público europeo) avalarían esta hipótesis.

Pero al mismo tiempo el compilador interpela, provocativamente, a sus pares argentinos: consciente de la arbitrariedad de su elección y de los debates que tradicionalmente han provocado los intentos de instituir nuevos ''cánones'' literarios, su gesto (anunciado en contratapa) instala al libro (y a él mismo) en el centro de una futura y conocida polémica: de qué estamos hablando cuando hablamos de nueva literatura argentina. Esta antología es una respuesta.

SILVIA SAITTA

FICCION

El a

El azar es más sabio que la causalidad. Allí donde la causalidad funciona como cerco, limita los relatos posibles, decide que se trata de esto y no de aquello, el azar expande el campo hasta lo indecible: todo puede anteceder a todo y los efectos no son de prever: la infinita potencia.

La casualidad, la pretensión de la causalidad, es un gesto de terror ante lo inabarcable, un ademán religioso. Las novelas policiales clásicas son

FICCION

Ladrillos y té de tigre

La siempre prudente *World Encyclopaedia of Comics* editada por el especialista Maurice Horn no vacila ni escatima grandiosidades a la hora de definir a *Krazy Kat* como ''la más grande tira cómica de todos los tiempos'' y a su autor, George Herriman (1880-1944), como ''el más grande visionario dentro del género''.

La tan cuidada como imprescindible edición de *Krazy Kat* que ahora presenta Ediciones de La Urraca (apenas desvirtuada por ciertos coloquialismos vernáculos estilo ''soy el punto, me la banco'') no hace más que reafirmar la ineficacia del superlativo enciclopédico y como la perfecta atemporalidad de una obra singular dentro de la literatura dibujada.

Así, el crispado triángulo amoroso integrado por la masoquista gata Krazy, el inoperante perro Offisa Pup y el anarquista y perverso ratón Ignatz (sin por eso olvidar al reparto compuesto por la señora Cuek Cua, el doctor Uf Uf, la hormiga Rita y siguen las firmas) continúa maravillando al lector hoy como en 1910 con su imprevisibilidad de comportamientos y su intraducible surrealismo idiomático que se las arregla para conjugar lo mejor de Apollinaire con la pirotecnia verborrágica de Groucho Marx.

KRAZY KAT, por George Herriman. Ediciones de La Urraca, 68 págs.

Ninguno de los nombres del presente —llámense Tom Robbins, García Ferré, Tim Burton, los hermanos Coen, Copi, Kurt Vonnegut, Rep, Steve Martin o Pee Wee Herman— es ajeno a la deuda con George Herriman, hijo de un panadero griego que odiaba a sus padres con desmesura y por eso, un día, empezó a construirse una realidad alternativa que pronto fue la de todos.

Muchas e innecesarias teorías se han escrito sobre las claves del universo de *Krazy Kat*. Ahí están las piezas que conforman una magia perfecta porque aquí no hay truco alguno: sus textos redactados en un idioma ligeramente parecido al nuestro pero que suelen descarrilarse hacia el haiku o el koan zen; el constante ofrecimiento de té de tigre; el vuelo del ladrillo buscando y encontrando la nuca del amor desesperado y los mínimos paisajes que se las arreglan, con apenas un par de trazos, para convencernos de que la existencia de otras realidades es, sin duda alguna, territorio más que fértil para la polémica y la autopsia del subconsciente. Ejercicio que a los pocos cuadritos agotaría al bienvenido intruso.

Krazy Kat conviene distrutarla tal como es; como uno de esos sueños a los que no hace falta interpretar porque, de algún extraño modo, está todo oscuramente claro como el agua con que se prepara el inalcanzable té de tigre.

R. F.



Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El séptimo mandamiento*, por Lawrence Sanders (Emecé, 12 pesos). Una inspectora de seguros viaja a Nueva York para investigar el violento asesinato de un joyero millonario. Con la ayuda de un detective policial descubre que detrás de la fachada impecable del imperio se esconde una madeja de intrigas y corrupción.	2	3
2	*Camino a Omaha*, por Robert Ludlum (Emecé, 16 pesos). Retomando la veta humorística de *El camino de Gandolfo*, Ludlum desentraña a través de dos personajes, el general Hawkins y el abogado Deraux, un oscuro tratado del gobierno norteamericano con una tribu india para apoderarse del estado de Nebraska.	7	3
3	*Le gusta la música, le gusta bailar*, por Mary Higgins Clark (Emecé, 15 pesos). El título de esta historia de suspenso es tan sólo el principio de un aviso personal. "Varón, soltero, 40 años, profesional, busca atractiva mujer de 25-30 que le guste la música", concluye el clasificado que lleva a la muerte a cualquiera que responde.	5	6
4	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	4	24
5	*Inshallah*, por Oriana Fallaci (Emecé, 26 pesos). Monumental novela que intenta rendir homenaje a las víctimas de todas las matanzas del mundo. Entre personajes imaginarios, historias semiauténticas y paisajes de guerras reales, se mueve esta defensa de la vida.	3	7
6	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	1	29
7	*Siempre es difícil volver a casa*, por Antonio Dal Masseto (Planeta, 12,40 pesos). Cuatro hombres desesperados deciden asaltar un banco y huyen después de ser descubiertos. Pero su fuga altera por completo la tranquila vida de la provincia: afloran viejos rencores y los asaltantes pasan de ser victimarios a erguirse en víctimas.	—	1
8	*Lady Boss*, por Jackie Collins (Vergara, 16 pesos). Un libro de Hollywood y el mundo del espectáculo al estilo Jackie Collins: Lucky, la protagonista, se hace cargo de un colosal estudio de cine y se involucra en historias de sexo, droga y traición.	9	6
9	*Paraíso privado*, por Judith Krantz (Emecé, 15 pesos). La creadora de *Princesa Daisy* y tantas heroínas cosmopolitas presenta ahora a Jazz, impetuosa y alocada fotógrafa profesional y sorprendida heredera de un codiciable paraíso privado de tres millones de dólares.	6	11
10	*Cuando éramos felices*, por Isidoro Blaistein (Emecé, 11 pesos). Una recopilación de relatos basados en vivencias autobiográficas que transcurren en barrios inconfundiblemente porteños. Cuentos testimoniales en una prosa que apela al humor y la ironía.	—	1

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos) Nueva visita para desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	1	7
2	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	2	25
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	48
4	*Fuegos de artificio*, por Daniel Muchnik (Planeta, 13,95 pesos). Un análisis polémico sobre el Plan Cavallo. El autor sostiene que su éxito es aparente y que sus días están contados. Su debilidad, según Muchnik, es la falta de una política de crecimiento sostenido, tanto en el plano interno como en el externo.	4	3
5	*Pensamientos del corazón*, por Louis L. Hay (Urano, 12 pesos). Meditaciones y tratamientos espirituales que recomiendan conectarse con el *Ser interior* para mejorar la calidad de vida y confiar en la capacidad de cambiar.	—	25
6	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 11,80 pesos). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	7	36
7	*Almirante Cero*, por Claudio Uriarte (Planeta, 17 pesos). La biografía no autorizada del almirante Eduardo Emilio Massera. Sus ambiciones desmedidas, sus temibles "ajustes de cuentas" y su proyecto político dan cuenta, además, de la puja entre las Fuerzas Armadas y los siniestros juegos de poder de la última dictadura militar.	9	12
8	*Señales de guerra*, por Lawrence Freedman y Virginia Gamba-Stonehouse (Vergara, 18 pesos). A diez años del conflicto del Atlántico Sur, un ensayo a fondo elaborado a partir de todas las fuentes disponibles. Texto obligatorio en las academias de guerra de Estados Unidos e Inglaterra.	6	11
9	*Todo o nada*, por María Seoane (Planeta, 17,50 pesos). La biografía del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho en una investigación que revela dimensiones desconocidas de su vida y construye el retrato de una década trágica.	—	28
10	*Amate a ti mismo, cambiarás tu vida*, por Louise L. Hay (Urano, 14 pesos). El último capítulo de este libro, un manual de autoayuda basado en *Usted puede sanar su vida*, se titula: "Me veo a mí misma bajo una nueva luz". Para lograrlo, hay que pasar por una larga serie de ejercicios propuestos por la autora.	10	5

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross (Rosario); Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Carlos Alberto Floria y César A. García Belsunce: **Historia de los argentinos** (Larousse, dos volúmenes). Una de los más equilibrados manuales sobre la compleja historia nacional, y de los pocos que soslayan con inteligencia la manipulación ideológica y el sectarismo. Publicado hace dos décadas y reeditado con asiduidad, es lanzado ahora como un nuevo libro, con una puesta al día que llega hasta la elección de Menem.

Paul Bowles: **La tierra caliente** (Alfaguara). Otro descenso al purgatorio de la vida en pareja, tallado con la misma maestría de *El cielo protector*, pero esta vez en un paraje más inhóspito: no el norte de Africa sino una ciudad tropical de América latina.

Birgit Vanderbeke: **Mejillones para cenar** (Emecé). Retrato del poder en la intimidad de una familia, metáfora del desencuentro entre las dos Alemanias, esta primera novela está escrita con la tersura de Handke y la crueldad de Bernhard.

Carnets///

FICCION

Mapa porteño

BUENOS AIRES. UNA ANTOLOGIA DE NUEVA FICCION ARGENTINA, edición a cargo de Juan Forn. Editorial Anagrama, 234 páginas.

Es lógico empezar por las omisiones, que suelen constituir —¿quién lo ignora?— el encanto más indudable de las antologías", decía Jorge Luis Borges en febrero de 1931 al reseñar en la revista *El Hogar* la reciente compilación de cuentos policiales preparada por Dorothy Sayers. Y es cierto. *Buenos Aires*, la nueva antología de narrativa argentina seleccionada y prologada por Juan Forn, invita a (y busca) la polémica.

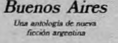
La elección de los textos y de los escritores que se propone como un mapa de la literatura argentina actual es azarosa y ecléctica: el fuerte criterio de inclusión que une a "tres generaciones" de escritores argentinos, junto con el intento de borrar, por la simple coexistencia, cualquier atisbo de partidos estéticos o "capillas estilísticas", hacen sospechar que, como bien se señala en el prólogo, esta antología es el producto de un capricho. Pareciera que sólo desde allí es posible leer la reunión de los quince escritores seleccionados y la ausencia de casi otros tantos. Abelardo Castillo, Isidoro Blaistein, Ricardo Piglia, Fogwill, Tununa Mercado, Alberto Laiseca, Rodolfo Rabanal, Ana María Shua, César Aira, Cecilia Absatz, Guillermo Saccomanno, Sylvia Iparraguirre, Alan Pauls, Juan Forn y Rodrigo Fresán circulan por estas páginas brevemente presentados por el editor y, aunque no se señalen las fechas de su escritura, cada cuento está acompañado por un conciso testimonio del autor donde expone las condiciones en que lo escribió o las motivaciones que lo llevaron a hacerlo.

Sin embargo, lanzada al mercado español por la editorial Anagrama con el explícito deseo de "paliar el desconocimiento y la ignorancia que existen en España respecto de nuestra literatura actual", *Buenos Aires* tiene presupuestos más sólidos que un simple capricho. Volviendo al subtítulo del libro: "nueva ficción argentina", es lícito preguntarse ¿nueva en qué y para quiénes? Juan Forn, en el prólogo, lo aclara: "Todos los autores que aparecen en esta antología son desconocidos o muy escasamente conocidos en España".

Y en efecto, es justamente el mercado de público para el que está pensada esta antología el que impera fuertemente en el criterio de selección: la presencia de la escritura femenina que, como quedó bien claro en la encuesta realizada por la revista *Humor*, circula en el sistema cultural argentino por senderos más marginales que los que esta compilación lleva a suponer; el acento con el que se señalan las diferentes instancias de reconocimiento internacional de cada uno de los escritores convocados (tanto el sistema de traducciones como su incorporación a circuitos académicos o periodísticos extranjeros); y, por último, la significativa ausencia de un escritor como Juan José Saer (que no es "nuevo" para el público europeo) avalarían esta hipótesis.

Pero al mismo tiempo el compilador interpela, provocativamente, a sus pares argentinos: consciente de la arbitrariedad de su elección y de los debates que tradicionalmente han provocado los intentos de instituir nuevos "cánones" literarios, su gesto (anunciado en contratapa) instala al libro (y a él mismo) en el centro de una futura y conocida polémica: de qué estamos hablando cuando hablamos de nueva literatura argentina. Esta antología es una respuesta.

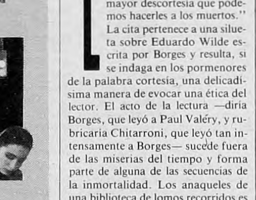
SILVIA SAITTA





FICCION

Lecturas autobiográficas



SILUETAS, por Luis Chitarroni. Juan Genovese Editor, Buenos Aires, 190 páginas.

La negación o dubitación de la inmortalidad es siempre la mayor descortesía que podemos hacerles a los muertos." La cita pertenece a una silueta sobre Eduardo Wilde escrita por Borges y resulta, si se indaga en los pormenores de la palabra cortesía, una delicadísima manera de evocar una ética del lector. El acto de la lectura —diría Borges, que leyó a Paul Valéry, y rubricaría Chitarroni, que leyó tan intensamente a Borges— sucede fuera de las miserias del tiempo y forma parte de alguna de las secuencias de la inmortalidad. Los anaqueles de una biblioteca de lomos recorridos es siempre una celebración del anacronismo, un apaciguamiento de las mentiras que propone la palabra muerte.

Si fuera posible postular algún orden del mundo, sería evidente que no sólo el azar hizo aparecer estas siluetas durante dos años en una revista de nombre *Babel*, donde fueron uno de los lugares más visibles de su estilo: arbitrario, devoto de los hallazgos verbales, retrato de lectores apasionados para quienes hablar de libros implicaba ejercer un fraternal parentesco con la literatura.

La prosa conversada que despliega con sabiduría Chitarroni arma un elenco de escritores en el cual es posible adivinar (nada revela el prólogo ni los textos que añade a las publicaciones originales) el gusto por aquellos autores poco frecuentadores de la fama a los que retrata con múltiples estrategias que van desde el relato biográfico a la selección de escenas o el comentario de sus obras.

Estas formas de narrar suelen estar entrelazadas con acotaciones que remiten, por una parte, a la zona más visible de la historia de la literatura y en la que aparecen Nabokov, Henry James, Bioy y Borges y, por otra, van marcando la actualidad que rodea a la escritura de las *Siluetas* con referencias al estado actual de la poesía, a las opiniones de sus amigos, alguna película o la execración de alguna moda intelectual.

Más allá de la galería de "raros" que, sin la interesada mirada rubendariana, construye Chitarroni, *Siluetas* es el acto de gratitud que todo lector debe a los escritores a los que ama, a esa galería de seres a los que eligió como compañeros inmortales. Para convertirse en cicerone de su propia biblioteca, Chitarroni desmiente el gesto adusto que desde la foto de la solapa lo emparenta con un irritado intelectual italiano de posguerra. Todo ocurre en una intimidad que se adivina, como una silueta entrevista, en la peculiar delicadeza con que ningún retrato se cierra sino que se va convirtiendo en una recorrida entre feliz y melancólica (si es tanta la distancia) por la propia historia.

Luis Chitarroni, novelista secreto (¿hasta cuándo?), editor en Sudamericana, ex docente universitario, maneja datos sin caer nunca en la pedantería ni en la tentación de convertirse en lector ejemplar. Sus elecciones son apenas eso, las muescas del tiempo en el territorio de algunos libros y autores que postula como sus propios inmortales.

Leídas ahora, sin efecto folletinesco de su aparición en una revista que se enorgulleció (en muchos sentidos) de ser irregular, adquieren una frescura especial, la que descree de la distancia entre dos cortesías ejemplares: la de escribir y la de leer. Y, sin ceremonias, propone un universo en el cual el estilo es el hombre que lee. Si esta cita no ha sido ya escrita.

M. M.



FICCION

El azar triunfante

EL AGUA ELECTRIZADA, por C. E. Feiling. Editorial Sudamericana.

El azar es más sabio que la causalidad. Allí donde la causalidad funciona como cerco, limita los relatos posibles, decide que se trata de esto y no de aquello, el azar expande el campo hasta lo indecible: todo puede anteceder a todo y los efectos no son de prever: la infinita potencia.

La casualidad, la pretensión de la causalidad, es un gesto de terror ante lo inabarcable, un ademán religioso. Las novelas policiales clásicas son un avatar pequeño de este miedo, el alivio del orden: todo se pone, al fin, trabajosamente bajo control.

El azar es tan difícil de narrar.

Es probable que sea un azar menor el que permite que en la tapa del libro de CEF haya un óleo de Hockney con agua electrizada; es, sin duda, el azar el que gobierna una investigación que permite, finalmente, suponer que todo, siempre, fue un error.

C. E. Feiling nació en Rosario en 1961 de padres muy ingleses, y alguna vez pasó por el Liceo Naval. Después enseñó latín y lingüística en la UBA y literatura latinoamericana en Nottingham, escribió poemas gongorinos y artículos en *La Nación, Clarón, Babel*.

Su primera novela es —simula ser— un policial.

Un profesor de latín que ha pasado por el Liceo Naval recibe la noticia de la muerte de su amigo de entonces. Aparentemente es un suicidio: él no lo cree, y empieza una búsqueda que lo sumerge en el recordado misterio de las dos primas muertas en la bañera y los menos recordados de un grupo de tareas de la dictadura que se resiste a desaparecer. En la cuesta aparecen mujeres diversas y distantes, algún poeta pederasta, malos de todas las maldades y pendones variopintos. En la cuesta aparecen, puntuándola, las citas latinas que le sirven de espejo deformante.

El profesor de latín es un *loser*, no tolera del amor delicias que no sean manuales, y se llama Anthony Hope. Que era, se sabe, también el nombre de un autor de novelas de aventuras muy celebradas a principios de siglo: *El prisionero de Zenda* fue la más famosa. Anthony Hope ocurre ser, fuera del agua electrizada, tío bisabuelo de C. E. Feiling. Pero el homenaje no se detiene en el nombre: en las novelas de Hope, el tema del doble aparece central. En la novela de su sobrino biznieto, doblemente.

El doble es la forma primera del azar.

En *El agua*... casi todo es suavemente doble, empezando por su protagonista: ni inglés ni argentino, ni sexual ni asexuado, ni convencido ni radicalmente escéptico, Hope soporta además un doblez diacrónico, es decir: la doblura extemporánea, es decir: la constatación de que estaba equivocado cuando creía —durante años— que había logrado ser otro, uno muy distinto del de antes. Con el suicidio de su amigo, el pasado ataca y lo obliga a conciliar los dos, a ser el peor doble de sí mismo, a mezclar latines con marinos, y allí está lo mejor de la novela.

En la que podría haber más descripciones, que suelen ser el lugar del humor en los buenos policiales. En la que hay, sí, una prosa y unos diálogos muy gustosos, aparentemente impecables y que te dejan siempre con la sospecha de que otra cosa está siempre un poco más acá, ligeramente desplazada, al bies. Como si un doble agazapado: la paranoia.

El policial tranquiliza cuando, tras haber creado el desorden bajo forma de enigma, lo resuelve: el azar es vencido por la causalidad. Más sabio que las causas, un poco menos —por supuesto— que el azar, C. E. Feiling esquiva buena parte de esa trampa.

Es obvio que, en algún momento, Tony Hope deberá irse, abandonar, para evitar el peligro terrible de "convertirse en un vulgar optimista". El problema, la pregunta, es, como siempre, cuándo.

MARTIN CAPARROS

FICCION

Ladrillos y té de tigre

KRAZY KAT, por George Herriman. Ediciones de La Urraca, 68 págs.

La siempre prudente *World Encyclopaedia of Comics* editada por el especialista Maurice Horn no vacila ni escatima grandiosidades a la hora de definir a *Krazy Kat* como "la más grande tira cómica de todos los tiempos" y a su autor, George Herriman (1880-1944), como "el más grande visionario dentro del género".

La tan cuidada como imprescindible edición de *Krazy Kat* que ahora presenta Ediciones de La Urraca (apenas desvirtuada por ciertos coloquialismos vernáculos estilo "soy el punto, me la banco") no hace más que reafirmar la ineficacia del superlativo enciclopédico y como la perfecta atemporalidad de una obra singular dentro de la literatura dibujada.

Así, el crispado triángulo amoroso integrado por la masoquista gata Krazy, el inoperante perro Offisa Pup y el anarquista y perverso ratón Ignatz (sin por eso olvidar al reparto compuesto por la señora Cuek Cua, el doctor Uf Uf, la hormiga Rita y siguen las firmas) continúa maravillando al lector hoy como en 1910 con su imprevisibilidad de comportamientos y su intraducible surrealismo idiomático que se las arregla para conjugar lo mejor de Apollinaire con la pirotecnia verborrágica de Groucho Marx.

Ninguno de los nombres del presente —llámense Tom Robbins, García Ferré, Tim Burton, los hermanos Coen, Copi, Kurt Vonnegut, Rep, Steve Martin o Pee Wee Herman— es ajeno a la deuda con George Herriman, hijo de un panadero griego que odiaba a sus padres con desmesura y por eso, un día, empezó a construirse una realidad alternativa que pronto fue la de todos.

Muchas e innecesarias teorías se han escrito sobre las claves del universo de *Krazy Kat*. Ahí están las piezas que conforman una magia perfecta porque aquí no hay truco alguno: sus textos redactados en un idioma ligeramente parecido al nuestro pero que suelen descarrilarse hacia el haiku o el koan zen; el constante ofrecimiento de té de tigre; el vuelo del ladrillo buscando y encontrando la nuca del amor desesperado y los mínimos paisajes que se las arreglan, con apenas un par de trazos, para convencernos de que la existencia de otras realidades es, sin duda alguna, territorio más que fértil para la polémica y la autopsia del subconsciente. Ejercicio que a los pocos cuadritos agotaría al bienvenido intruso.

Krazy Kat conviene distrutarla tal como es; como uno de esos sueños a los que no hace falta interpretar porque, de algún extraño modo, está todo oscuramente claro como el agua con que se prepara el inalcanzable té de tigre.

R. F.



FICCION

Lecturas autobiográficas



Buenos Aires
Una antología de nueva ficción argentina
ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

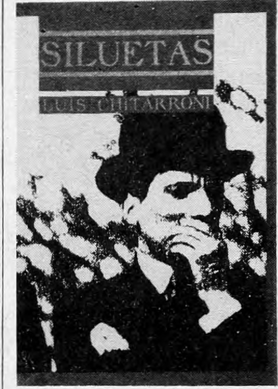
SILUETAS, por Luis Chitarroni. Juan Genovese Editor, Buenos Aires, 190 páginas.

"La negación o dubitación de la inmortalidad es siempre la mayor descortesía que podemos hacerles a los muertos."

La cita pertenece a una silueta sobre Eduardo Wilde escrita por Borges y resulta, si se indaga en los pormenores de la palabra cortesía, una delicadísima manera de evocar una ética del lector. El acto de la lectura —diría Borges, que leyó a Paul Valéry, y rubricaria Chitarroni, que leyó tan intensamente a Borges— sucede fuera de las miserias del tiempo y forma parte de alguna de las secuencias de la inmortalidad. Los anaqueles de una biblioteca de lomos recorridos es siempre una celebración del anacronismo, un apaciguamiento de las mentiras que propone la palabra muerte.

Si fuera posible postular algún orden del mundo, sería evidente que no sólo el azar hizo aparecer estas siluetas durante dos años en una revista de nombre *Babel*, donde fueron uno de los lugares más visibles de su estilo: arbitrario, devoto de los hallazgos verbales, retrato de lectores apasionados para quienes hablar de libros implicaba ejercer un fraternal parentesco con la literatura.

La prosa conversada que despliega con sabiduría Chitarroni arma un elenco de escritores en el cual es posible adivinar (nada revela el prólogo ni los textos que añade a las publicaciones originales) el gusto por aquellos autores poco frecuentadores de la fama a los que retrata con múltiples estrategias que van desde el relato biográfico a la selección de escenas o el comentario de sus obras.



Estas formas de narrar suelen estar entrelazadas con acotaciones que remiten, por una parte, a la zona más visible de la historia de la literatura y en la que aparecen Nabokov, Henry James, Bioy y Borges y, por otra, van marcando la actualidad que rodea a la escritura de las *Siluetas* con referencias al estado actual de la poesía, a las opiniones de sus amigos, alguna película o la excecración de alguna moda intelectual.

Más allá de la galería de "raros" que, sin la interesada mirada rubendariana, construye Chitarroni, *Siluetas* es el acto de gratitud que todo lector debe a los escritores a los que ama, a esa galería de seres a los que eligió como compañeros inmortales. Para convertirse en cicerone de su propia biblioteca, Chitarroni desmiente el gesto adusto que desde la foto de la solapa lo emparenta con un irritado intelectual italiano de posguerra. Todo ocurre en una intimidad que se adivina, como una silueta entrevista, en la peculiar delicadeza con que ningún retrato se cierra sino que se va convirtiendo en una recorrida entre feliz y melancólica (si es tanta la distancia) por la propia historia.

Luis Chitarroni, novelista secreto (¿hasta cuándo?), editor en Sudamericana, ex docente universitario, maneja datos sin caer nunca en la pedantería ni en la tentación de convertirse en lector ejemplar. Sus elecciones son apenas eso, las muescas del tiempo en el territorio de algunos libros y autores que postula como sus propios inmortales.

Leídas ahora, sin efecto folletinesco de su aparición en una revista que se enorgulleció (en muchos sentidos) de ser irregular, adquieren una frescura especial, la que descree de la distancia entre dos cortesías ejemplares: la de escribir y la de leer. Y, sin ceremonias, propone un universo en el cual el estilo es el hombre que lee. Si esta cita no ha sido ya escrita.

M. M.

zar triunfante

EL AGUA ELECTRIZADA, por C. E. Feiling. Editorial Sudamericana.

un avatar pequeño de este miedo, el alivio del orden: todo se pone, al fin, trabajosamente bajo control.

El azar es tan difícil de narrar.

Es probable que sea un azar menor el que permite que en la tapa del libro de CEF haya un óleo de Hockney con agua electrizada; es, sin duda, el azar el que gobierna una investigación que permite, finalmente, suponer que todo, siempre, fue un error.

C. E. Feiling nació en Rosario en 1961 de padres muy ingleses, y alguna vez pasó por el Liceo Naval. Después enseñó latín y lingüística en la UBA y literatura latinoamericana en Nottingham, escribió poemas gongorinos y artículos en *La Nación, Clarín, Babel*.

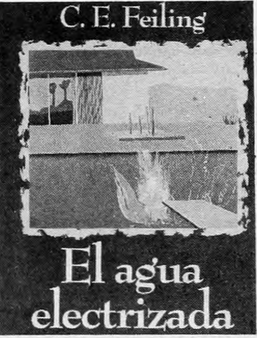
Su primera novela es —simula ser— un policial.

Un profesor de latín que ha pasado por el Liceo Naval recibe la noticia de la muerte de su amigo de entonces. Aparentemente es un suicidio: él no lo cree, y empieza una búsqueda que lo sumerge en el recordado misterio de las dos primas muertas en la bañera y los menos recordados de un grupo de tareas de la dictadura que se resiste a desaparecer. En la cuesta aparecen mujeres diversas y distantes, algún poeta pederasta, malos de todas las maldades y pendones variopintos. En la cuesta aparecen, puntuándola, las citas latinas que le sirven de espejo deformante.

El profesor de latín es un *loser*, no tolera del amor delicias que no sean manuales, y se llama Anthony Hope. Que era, se sabe, también el nombre de un autor de novelas de aventuras muy celebradas a principios de siglo: *El prisionero de Zenda* fue la más famosa. Anthony Hope ocurre ser, fuera del agua electrizada, tío bisabuelo de C. E. Feiling. Pero el homenaje no se detiene en el nombre: en las novelas de Hope, el tema del doble aparece central. En la novela de su sobrino biznieto, doblemente.

El doble es la forma primera del azar.

En *El agua...* casi todo es suavemente doble, empezando por su protagonista: ni inglés ni argentino, ni sexual ni asexuado, ni convencido ni radicalmente escéptico, Hope soporta además un doblez diacrónico, es decir: la doblura extemporánea, es decir: la constatación de que estaba equivocado cuando creía —durante años— que había logrado ser otro, uno muy distinto del de antes. Con el suicidio de su amigo, el pasado ataca y lo obliga a conciliar los dos, a ser el peor doble de sí mismo, a mezclar latines con marinos, y allí está lo mejor de la novela.



En la que podría haber más descripciones, que suelen ser el lugar del humor en los buenos policiales. En la que hay, sí, una prosa y unos diálogos muy gustosos, aparentemente impecables y que te dejan siempre con la sospecha de que otra cosa está siempre un poco más acá, ligeramente desplazada, al bies. Como si un doble agazapado: la paranoia.

El policial tranquiliza cuando, tras haber creado el desorden bajo forma de enigma, lo resuelve: el azar es vencido por la causalidad. Más sabio que las causas, un poco menos —por supuesto— que el azar, C. E. Feiling esquiva buena parte de esa trampa.

Es obvio que, en algún momento, Tony Hope deberá irse, abandonar, para evitar el peligro terrible de "convertirse en un vulgar optimista". El problema, la pregunta, es, como siempre, cuándo.

MARTIN CAPARROS

En vísperas del lanzamiento de su segunda novela, "La ciudad ausente", Ricardo Piglia revela las trastiendas de su escritura. Esta página reproduce una extensa entrevista con Graciela Speranza, algunas de sus notas de trabajo para la novela (los textos manuscritos) y su primera foto de escritor: la que lo muestra junto a Borges cuando fue premiado por uno de sus primeros relatos, en 1965.

GRACIELA SPERANZA

La sección que hoy comienza, dedicada a escritores argentinos, reconoce un antecedente insoslayable: las ya clásicas entrevistas de The Paris Review, *que comenzaron a publicarse en la primavera de 1953. Casi todas las respuestas epigramáticas de los autores más célebres del siglo provienen de esas páginas. El director, Georges Ames Plimpton, había llegado pocos meses antes a París con la consigna —inspirada por Gertrude Stein— de "pensar en una publicación" que sirviera de nexo entre los narradores norteamericanos que se concentraban en la capital francesa desde la posguerra tratando de repetir la experiencia de la Generación Perdida.* The Paris Review *instaló sus oficinas en la rue Gancière y desde allí abrió la serie con una entrevista a E. M. Forster, en la que trataba de desentrañar ciertos secretos de laboratorio: cómo concebía sus personajes, con qué criterio les elegía los nombres, a qué horas y en qué posición escribía, etcétera.*

La serie continuó con Hemingway, Faulkner, Isak Dinesen, T. S. Eliot. Unos pocos latinoamericanos figuraron en ese cuadro de honor: Borges, García Márquez, Octavio Paz.

The Paris Review *sigue publicándose, ahora en Nueva York. Esta versión argentina que se abre con una entrevista a Ricardo Piglia y que continuará regularmente es, sin embozos, un homenaje y una repetición de aquellos interrogatorios míticos.*

Sentado frente a una mesa de escritorio vacía a no ser por una Macintosh al alcance de la mano, habla un poco fatigado. "Me dicen que son los efectos de haber dejado de fumar. Si es así, tal vez sería preferible volver a empezar." En cuanto comienza a hablar de su última novela, sin embargo, la fatiga desaparece y recupera ese tono apasionado que acelera el ritmo de la conversación. Apenas se detiene a pensar, pero las respuestas van construyendo una trama invisible que se articula con extrema precisión.

—*Su última novela,* Respiración artificial, *es de 1980. ¿Por qué ese largo silencio interrumpido apenas por* Prisión perpetua *en 1988?*

—Por un lado está la cuestión concreta de cómo fue escrita esta novela y por otro eso que yo llamo en broma "estrategia con el mercado", ya que carezco de estrategia con el mercado. Porque si hay alguna estrategia es justamente ésa: no estar. Macedonio lo sabía bien: publicar no es lo mismo que escribir. Son dos campos antagónicos y la diferencia se agrava cada vez más. El pasaje de un lado al otro no tiene nada de natural. Un escritor funciona bien de ese lado de la frontera. Me gusta ese mito de escritor: el tipo que trabaja tranquilo y en secreto y sigue sus propios ritmos. El escritor que no piensa sus libros según el modelo del cliente al que hay que satisfacerle una demanda, sino según el modelo del lector que está buscando siempre el texto único en la maraña de las librerías.

—*¿Esta novela se escribe de alguna manera en esos doce años?*

—En realidad, escribo una primera versión de esta novela entre el '82 y el '85 y (Enrique) Pezzoni lee el libro y me lo pide para publicarlo en Sudamericana. Yo no estoy muy convencido y prefiero esperar un poco, me parece que al libro le falta otra versión y justo en ese momento recibo una invitación y me voy a Estados Unidos y me quedo cuatro años. Voy y vengo, pero centralmente estoy en Princeton, doy clase, circulo por Nueva York, no tengo ganas de escribir ficción, más bien me quedo en otra lengua, en otra realidad, me interesa más registrar lo que está pasando, viajar. Lo que sí sale en esos años es *Prisión perpetua*, una *nouvelle* que, en realidad, es una historia de Renzi que formaba parte del primer manuscrito de esta novela y que yo trabajo aparte, la reescribo en un viaje que hago a Buenos Aires en el '88 y la publico bajo la forma falsa de una autobiografía en una reedición de los cuentos. A mediados del '90 me vine y al tiempo retomé el libro y lo escribí todo de nuevo en un año, en el '91.

—*¿Esa gran condensación de tramas, presente ya en* Respiración artificial *pero mucho más en esta novela, se vincula a esos relatos que se escriben y se retoman en todo este tiempo?*

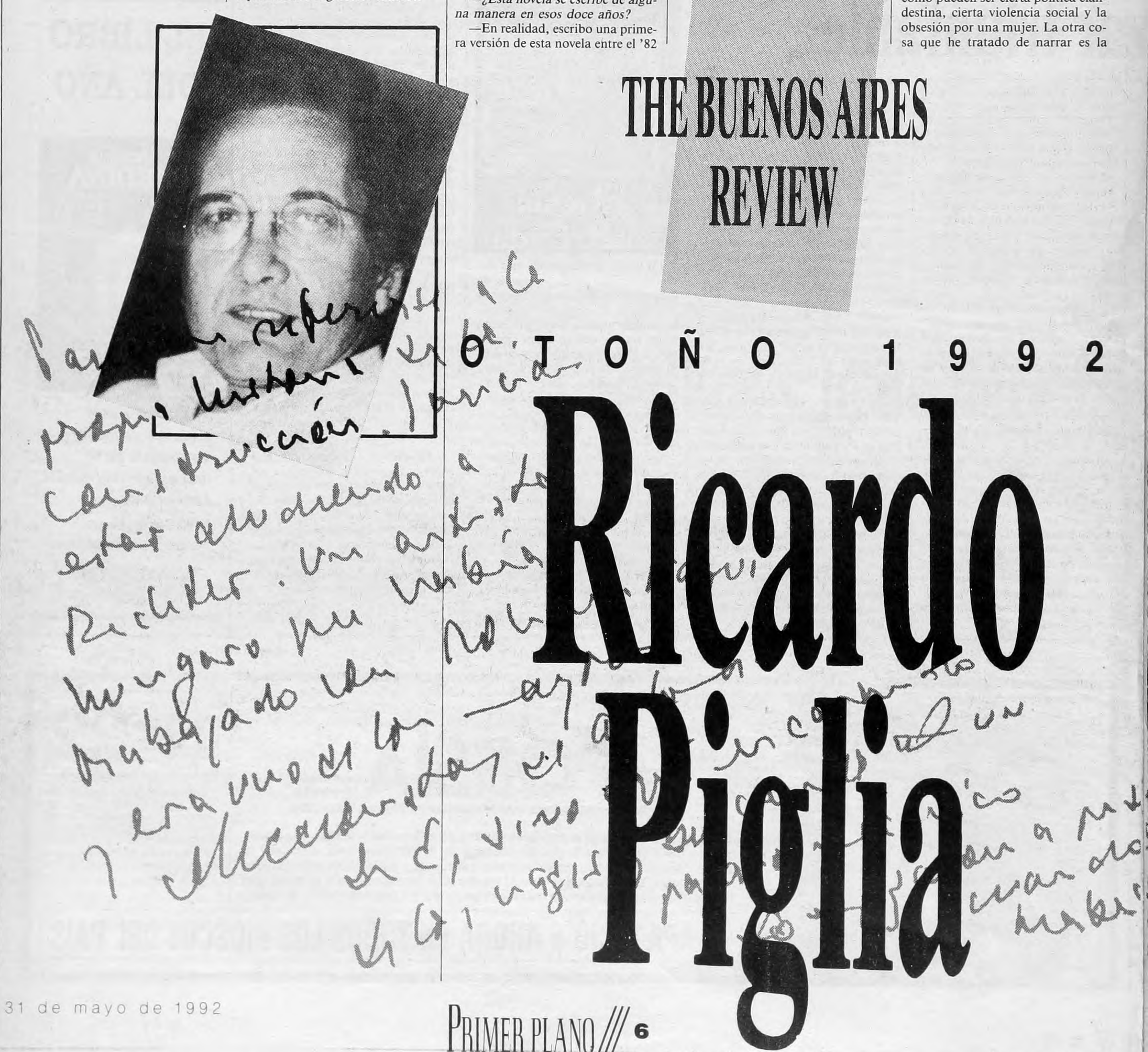
—Efectivamente, el tipo de libros que escribo condensan varias tramas y necesitan un tiempo que no se puede forzar. Empiezo con una historia y la dejo que se desarrolle y se transforme todo lo que puedo. Siempre me han gustado las novelas que tienen varias tramas superpuestas. Es una imagen que yo tengo muy fuerte en la realidad, el cruce de las intrigas y en ese sentido ésta es una novela muy vivida, es decir, tengo la sensación a veces de un modo físico, de que uno entra y sale de las historias, que a lo largo de un día y en la circulación con amigos, con la gente que uno quiere, incluso con los desconocidos, se intercambian las historias, hay un sistema como de puertas que uno abre y entra en otra trama, que hay como una red verbal en la que se vive. Y que la cualidad central de la narración en la vida es ese fluir, ese movimiento como de fuga hacia otra intriga. He tratado de narrar ese sentimiento y yo creo que ése es el origen del libro.

—*¿Se podría pensar que* La ciudad ausente *cuenta una historia de amor?*

—Centralmente es la historia de un hombre que pierde a una mujer. Un hombre que no quiere perder a una mujer y para preservarla construye un universo. Las novelas han contado muchas veces esa historia, a menudo la pérdida de la mujer es la condición de una mirada nueva, filosófica, el mundo es visto por primera vez, lo cotidiano se disuelve, sólo queda el horror y el mal.

—*La ausencia de una mujer como disparador metafísico.*

—Algo así. El héroe percibe el mundo tal cual es y busca construir otra realidad. Es como un asesino al revés, en lugar de borrar sus huellas o volver al lugar del crimen, quiere revivir a la víctima. Digamos que he tratado de poner en relación cosas que a menudo parecen antagónicas como pueden ser cierta política clandestina, cierta violencia social y la obsesión por una mujer. La otra cosa que he tratado de narrar es la



THE BUENOS AIRES REVIEW

OTOÑO 1992

Ricardo Piglia

transcripción literal de la expresión "la novela es una máquina femenina". Tomar esa expresión figurada al pie de la letra.

—También está tomada literalmente El Museo de la novela de la Eterna.

—Exactamente. Hay un museo en este libro, donde están los rastros del presente, un museo histórico, sería mejor decir, con los relatos del presente. Por supuesto, la Eterna es la máquina en mi manera de mirar lo que Macedonio quería decir. En ese sentido el núcleo básico de la historia es muy sencillo: un hombre ha perdido a una mujer y construye una máquina para que esa mujer no lo olvide, una máquina de narrar historias. Después trabajé como si los relatos fueran pistas, como sucede en una investigación policial donde alguien encuentra cadáveres a medida que va a avanzando por la ciudad, como si las pistas fueran los relatos.

—La novela se podría leer como un homenaje engañoso a Macedonio, de la misma manera que "Homenaje a Roberto Arlt" es un homenaje engañoso a Arlt y a Borges. Macedonio está, por supuesto, pero la novela es una trama mucho más amplia de la tradición. ¿Cómo definiría esa tradición?

—Yo trataba de hacer un libro donde no trabajara con el mito conocido de Macedonio, porque la tentación fácil era hacer una novela con ese personaje maravilloso a partir de ese mito. Entonces aquí más bien lo que intenté es hacerlo aparecer como un personaje tangencial, y al mismo tiempo ver en él la condensación de una tradición. Una tradición que no sólo condensa gran parte de la ficción argentina, sino una red posterior a Macedonio que está muy ligada a Joyce, una figura que es muy importante en el libro, y también a algunos escritores actuales como Pynchon y Burroughs. ¿En qué consiste esta tradición? Creo que la primera vez que yo pensé en eso fue hace muchísimos años, cuando empecé a entender qué tenían en común Borges y Arlt, porque en un momento dado me di cuenta de que, en realidad, los dos están narrando realidades ausentes, la contrarrealidad. Ya sea la realidad de los conspiradores, de los inventores, o de los hermeneutas, los teólogos o los detectives, los dos están construyendo realidades virtuales, vidas paralelas en el sentido de todas las vidas que uno podría haber vivido. Ese es un elemento que a mí me interesa muchísimo como camino de la ficción y como politización de la ficción. Frente a la standarización y la manipulación estatal de las realidades posibles, la novela ha estado siempre en guerra con todo ese pragmatismo imbécil. Es por eso que la gente lee novelas, por la idea de que es posible otra vida y otra realidad. Esa me parece a mí la tradición de la novela contemporánea, es decir, la tradición donde a mí me gustaría estar incluido.

—¿Cómo describiría al lector ideal de su literatura?

—Un lector que sabe más que el narrador, así se puede narrar mejor y más rápido. Por supuesto que existen muchos lectores y la gente lee novelas desde lugares distintos y por motivos múltiples, pero si tuviera que contestar a la pregunta sobre el lector ideal te diría eso: narrar es jugar al póker con un rival que puede mirarte las cartas.

—En algún momento estableció una especie de juego en esta relación respecto de la competencia del lector. Estoy pensando en "Homenaje a Roberto Arlt" que atribuye a Arlt un texto de Andreiev. ¿Cómo leer ese gesto?

—Como un desvío. La clave del relato no es ésa. La clave está en Kostia antes que en Arlt. Pero ése es un secreto que no pienso revelar. Sólo digo que hay un secreto, porque me gustan las historias que tienen un punto ciego, no sólo que cuentan un secreto sino que tienen algo oculto que un único lector va a descubrir en el futuro.

—¿Cómo escribe usted en el sentido más pragmático del término? ¿Cuáles son las condiciones ideales del trabajo?



—Creo que las condiciones ideales son las que se han convertido en mitos generalmente denostados, como son "la torre de marfil" y "la isla desierta" que expresan bien el hecho de que es necesario un corte con lo real, si es posible un corte espacial, para que se pueda producir ese paso por el que cuando uno escribe es siempre otro. En mi caso, lo mejor es que yo esté solo, que me levante a la mañana, si es posible temprano, tome un café y me siente a escribir. Trato de tener un espacio libre como si fuera "la isla" o "la torre" entre las 9 y las 2 de la tarde, digamos, aislado completamente de la realidad, sin el teléfono. No necesito otra cosa.

—¿Ese tiempo destinado a la escritura produce placer o por lo general angustia?

—Lo que puede aparecer como una amenaza está siempre antes de empezar a escribir, la posibilidad de no llegar, de no concentrarse. Quedarse de este lado, escribir mecánicamente, sin inspiración. Siempre se pueden redactar cinco páginas por día, el problema no es ése, el problema es conseguir que el texto tenga vida. Hay tradiciones y otras formas de garantizar la entrada: la droga, la anfetamina, el alcohol o formas más románticas como cuando Hemingway dice que sólo puede escribir cuando está enamorado.

—Pero no es su caso...

—Sería maravilloso, porque permitiría, bajo el pretexto de la literatura, estar todo el tiempo con mujeres.

—¿Qué lee mientras está escribiendo?

—La sensación es que mientras estoy escribiendo no leo (no leo, por supuesto, del mismo modo que cuando no escribo). De todas maneras siempre estoy leyendo biografías, pero eso pertenece a otro orden, es como las novelas policiales que también leo todo el tiempo, un poco por necesidades profesionales y otro poco por adicción, me interesan porque siempre se cierran con la muerte, porque una vida tiene una forma muy secreta, porque siempre tienen un enigma, porque lo previsible es contado para ocultar la verdad, porque las relaciones entre los acontecimientos son inesperadas y los hechos son contados como si obedecieran a un destino. Acabo de terminar la biografía de Wilde que escribió Richard Ellman, gran historia sobre las leyes inglesas y sobre el heroísmo privado.

—¿Es consciente del lugar que los demás escritores y la crítica le otorgan en la literatura argentina?

—Espero tener algunos enemigos, en realidad conozco varios, me parece que la buena literatura divide a los lectores, crea antagonismos, produce enfrentamientos y pasiones. Por lo tanto, no aspiro al reconocimiento generalizado. En el fondo me pasa lo mismo que a todos los escritores, a algunos les parece bien lo que yo escribo y otros quieren que escriba de otra manera. Por mi parte tengo relaciones fraternas con muchos escritores a los que admiro y cuyos libros espero con interés. La admiración por lo que escriben otros es una garantía de que estamos en la literatura.

—¿Cómo aparecen los títulos de sus novelas?

—Bueno, el título aparece siempre al final. Esto parece un estereotipo, pero es así. Me pasó lo mismo con todos los libros. Algunos empiezan el libro con el título, pero en mi caso es al revés, un libro avanza mientras el título no me convence. Cuando encuentro un título que me gusta quiere decir que el libro está terminado. En el caso de esta novela la empecé como *La fortaleza vacía* y cuando retomé el manuscrito lo consideré un libro nuevo y le puse otro nombre, *La persona equivocada*. Sabía que el título no iba a ser ése y hacia el final pensé que se iba a llamar *Blanco nocturno*, pero quise terminar, por lo menos en esta novela, con el sistema de dos palabras que empezó con *Nombre falso*. Así que seguí adelante, con el libro inconcluso. Una tarde encontré el título que lleva ahora. Estaba hablando con un amigo y le decía que a veces ando por Buenos Aires y encuentro la ciudad donde estuve en el pasado, pero esa ciudad está ausente, está ahí metida en la otra, sólo quedan pequeños rastros, como si la hubieran bombardeado y estuvieran los espacios vacíos. Después me di cuenta de que la novela era eso: que la ciudad de este libro es una ciudad ausente, en el sentido que Macedonio podría haberle dado a esa expresión.



—Sí, tal como usted plantea, uno de los debates centrales de la literatura contemporánea es la relación de la novela con la cultura de masas, o el debate sobre cómo recuperar a los lectores que ha perdido el género, ¿qué respuestas encuentra en esa investigación que es la ficción?

—No es que a mí me interese especialmente ese debate, digo que eso es lo que se está debatiendo hoy en la novela. Cuando se habla de volver al relato, de abandonar la tradición de la vanguardia, de mirar más cínicamente el mercado y el éxito, en realidad, se está hablando del lector perdido. Hay una tensión que está cifrada en el debate actual de las poéticas. Por un lado creo que esa tensión es una tensión entre modos de narrar. Hay una narración social muy fuerte, que es una narración que viene del Estado, de la cultura de masas, y después una especie de ejército en retirada que sería la narración literaria, con un pelotón de vanguardia que realiza acciones de hostigamiento. La gente busca la narración en otro lugar, no porque la narración vaya a desaparecer, sino porque —y esto Benjamin ya lo ha dicho— la novela ha perdido el lugar que tuvo en el siglo XIX, donde la gente leía libros de Dickens como hoy mira televisión. Por otro lado creo que hoy como entonces a todo el mundo le interesa la narración y que todos son expertos en la narración, y que por lo tanto el concepto de público inexperto que se suele manejar se asocia con el de cliente inexperto que no sabe elegir un libro en la librería, que es otro tema para el cual hay un conjunto de "especialistas", desde el técnico en marketing, el publicitario, hasta el crítico, que le dicen hacia qué lado el cliente tiene que dirigir su gusto por la literatura. Pero lo que uno puede llamar lector, o al menos el que yo tengo presente, es un experto en la narración, porque la narración es un saber generalizado. Basta escuchar a la gente narrar historias, basta mirar cómo circulan los relatos en la sociedad, basta ver el grado de sofisticación formal que tienen las historias del Estado, para darse cuenta de que la idea de que existiría un plano de inocencia o ingenuidad en un supuesto público al cuál habría que ponerse a tono, es equivocada.

—¿Esta mirada sobre la literatura se vincula entonces a una experiencia casi cotidiana del funcionamiento de la narración?

—Diría que es ahí donde yo encuentro la relación entre la literatura y la vida de una manera explícita, en el sentido de que vivimos en una trama continua de historias que nos tienen como protagonistas, como oyentes, como personajes laterales y que nos movemos en un mundo de tramas fracturadas, incompletas, en suspenso. Sencillamente digo que me gusta pensar que es así como funciona la tensión entre la literatura y la vida.

EL CAZADOR OCULTO

Mauro Viale, animador.
¿Hay inteligencia, hoy, aquí, en la Argentina, como para poner las cosas en claro? No solamente el Presidente (Carlos S. Menem). Vamos a poner que el Presidente ordene todo el país, porque parece que es injusto.
La Mañana. ATC. 19 de mayo, 9.10 hs.

Mirtha Legrand, animadora.
Realmente, ¡qué cambiada está (la señora Zulema Yoma de Menem)!... Cambiada para mejor. Pero, ¡está estupenda! Pero, ¡parece la hermana de su hija, Zulemita! ¡Monísima! No la reconocía. Recién después me dí cuenta...
Almorzando con Mirtha Legrand. Canal 9. 22 de mayo, 14.01 hs.

Graciela Alfano, animadora.
Me parece que sí, que los triángulos amorosos —sobre todo cuando hay dos del mismo sexo, y otro del sexo contrario— tienen mucho que ver con la muerte.
Graciela y Andrés. ATC. 19 de mayo, 15.20 hs.

Gerardo Sofovich, empresario.
Esta (dirección general de ATC) es una fraternal imposición del Presidente (Carlos S. Menem).
Hola Susana, te estamos llamando. Canal 11. 20 de mayo, 14,12 hs.

Horacio García Belsunce, animador.
La idea es conversar con el diputado (Octavio) Frigerio (...) para que nos cuente... En realidad, ustedes (la Cámara de Diputados) llegan a la resolución a través de esa investigación, de que el diputado (sic) Keenan había sido puesto en ese lugar, y la responsabilidad era del diputado Samid.
Graciela y Andrés. ATC. 19 de mayo, 15.41 hs.

Pie de página ///

La columna del Daily Mail con los célebres "cuarenta mil agujeros en Blackburn, Lancashire", la cubierta de disco más famosa de todos los tiempos y el imposible de The Beatles, todos juntos entonces, cuando tengan sesenta y cuatro.



FAR&NEAR

The holes in our roads

THERE are 4,000 holes in the road in Blackburn, Lancashire, or one twenty-sixth of a hole per person, according to a council survey.

If Blackburn is typical there are two million holes in Britain's roads and 300,000 in London.

£225,0000 sea defence scheme for Felixstowe is being urged on the Government by East Suffolk River Board.

1,000 ratepayers in Harrow, Middlesex, said the Exchequer should pay for education and the police.

Four Australian State Minis[illegible] began a three-week tour [illegible] Britain.

Trotting ground will be [illegible] by Bournemouth council

Council tenants in [illegible] will protest at a public [illegible]ing against a 25 p.c. rent ris[e].

Round-Britain walker Fran[illegible] Haines, 23, of Rugby, is to walk across the U.S.A.

Chairman of Petworth rural council, Sussex, for 20 years, Major George Mant, 71, died.

British Red Cross has sent £1,000 to Malaysian flood victims.

Farmers will be asked to give oak beams for the restoration of Norwich Cathedral.

Boys of 15 and over will be recruited as part-time firemen in Kent.

First RAF airliner stewards finished training.

Oil patch is threatening the Sussex coast.

Jailed for nine months: two men who stole cash from a church in Kingston-upon-Thames.

Dean of St. Paul's, the Very Rev. Walter Matthews, 85, resigns in May.

Government will give equipment worth £8,500 to a Pakistani artificial limb centre.

Thieves stole nylons and tea worth £1,000 from a Norwich warehouse.

Wed 52 years: Mr. and Mrs. F. G. Travis, of Bedonwell Road, Bexleyheath, Kent.

Money : Mr. Hubert Elliott, of Bedford Avenue, Camden, W.C., left **£68,043** net (duty £30,638).

Lucky number of the Liberal Development Society: 1266.

50 years ago the *Daily Mail* said that the YMCA huts for soldiers lost in London were opened.

Un día en la vida

RODRIGO FRESAN

Será mañana —hace veinticinco años— cuando el Sargento Pepper le enseñó a la banda a tocar. Ellos han pasado y vuelto a estar de moda, pero garantizan despertarte una sonrisa. Así que permítanme presentarles el número que han seguido todos estos años: La Banda de los Corazones Solitarios del Sargento Pepper.

Mucho tiempo más tarde, cuando la revista *Rolling Stone* organizó una calificada encuesta y el álbum en cuestión apareció como el obvio, indiscutible triunfador de todo el asunto, Paul McCartney se encargó de precisar que "Dios, cómo me gusta... Aun hoy suena tan fresco, tan lleno de ideas. Está claro que estos cuatro tipos sabían lo que estaban haciendo... *Pepper* probablemente fue ese disco de Los Beatles al que legítimamente puedo reclamar como *mi idea*. Fue mi idea decirles a los chicos, hey, ¿qué tal si nos reinventamos, nos ponemos otro nombre, nos conseguimos un alter-ego porque, claro, estábamos tan podridos de ser The Beatles..."

TODOS JUNTOS AHORA. Mañana y pasado mañana se cumplen 25 años del nacimiento de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Apareció primero en el Reino Unido y, veinticuatro horas más tarde —detalle indispensable con el que Lennon & McCartney apoyaban y ayudaban a dibujar el mapa de la Aldea Global McLuhaniana—, las colas para conseguirlo se formaban en un Broadway primaveral que prenunciaba la inminencia del "verano del amor".

El álbum impactaba y conmovía desde su abigarrada portada —seguramente uno de los tótems más consultado por significados ocultos junto a las venerables monedas del I Ching y al ominoso tablero Ouija—, paisaje que se las arreglaba por un inolvidable día en la vida, para conjugar a lo que los cuatro jovenes de Liverpool entendían como su audiencia ideal. El diseñador Peter Blake, en las notas que acompañan la edición en CD, escribió que "la portada fue la primera en incluir las letras de las canciones y fue una de las primeras que se abrían. Fue también la primera en traer un sobre interno y además estaba toda la trivia del Sgt. Pepper para recortar".

Y estaba todo esa gente y todas esas cosas. Entre célebres (Gandhi fue removido a pedido de la EMI, Hitler fue descartado a último momento por excesivo y Leo Gorcey —de The Bowery Boys— fue exiliado por ser el único que tuvo el coraje de pedir que se le pagara por su aparición), desconocidos y amuletos varios (a Lennon le parecía imprescindible que apareciera un televisor), un cuidadoso análisis de la portada permite contabilizar 87 items entre los que —grande fue la sorpresa de muchos— se podían descubrir a los escritores Alesteir Crowley, Lenny Bruce, C.G. Jun G., Edgar Allan Poe, Bob Dylan, Aldous Huxley, Dylan Thomas, Terry Southern, William S. Burroughs, Karl Marx, H. G. Wells, Oscar Wilde, Stephen Crane, George Bernard Shaw, Lewis Carroll y T. E. Lawrence.

La inquietud original, la terrible sensación de que The Beatles esta vez se habían pasado de revoluciones y se habían tomado demasiado en serio desaparecía, por suerte, apenas comenzaban a oírse la música y las palabras.

EL DIA QUE LOS PERROS ENLOQUECIERON. El cuerpo de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* está compuesto por doce canciones, una suerte de *reprise* del slogan que abre el disco, una señal ultrasónica sólo audible por perros y el célebre "Inner Groove" —omitido en la edición norteamericana hasta la salida del CD—, que cerraba la tapa de la fiesta con un fragmento infinito de conversación sin sentido alguno. A nadie escapa que estos treinta y nueve minutos y cincuenta segundos inauguraron la idea del monstruo "rock conceptual" así como la de "rock inteligente" o lo que hoy se entiende como "rock para adultos" y que son tan culpables como responsables de los engendros y las maravillas que siguieron.

La idea de captar un show —incluyendo presentación y *encore*— de una banda imaginaria identificada, paradójicamente, con uniformes y todo tipo de parafernalia militarista en plena era de Acuario no sólo fue una ocurrencia brillante sino también lo más parecido a una terapia de grupo que permitió potenciar al máximo todas y cada una de las diferentes facetas de los músicos.

Lennon y McCartney —los dos compositores en jefe— se encerraron en sus respectivos domicilios para cosechar canciones a partir de noticias leídas en periódicos desordenados, posters circenses y dibujos infantiles, conversaciones oídas a medias y lejanos pero coloridos recuerdos de sus infancias en Liverpool.

De hecho, la génesis del proyecto se inicia con el *single* "Penny Lane / Strawberry Fields" —rápidamente descartado porque la idea de los dobles enseguida se hace más atractiva que el recuerdo siempre mentiroso el pasado—; pero es a partir de la grabación del tema slogan que las cosas se ponen en marcha. En rápida sucesión —y prolijamente espolvoreadas con LSD— aparecen Lucy y Mr. Kite con obvias reverencias agradecidas de Lennon hacia el autor de *Alice in Wonderland* ("Lucy in the Sky with Diamonds" y "Fort the Benefit of Mr. Kite!"); las viñetas de McCartney que funcionan como certeros estudios de personajes al retratar a una empleada de estacionamiento y a un joven enamorado que se pregunta "¿me seguirás necesitando, me seguirás alimentando cuando tenga sesenta y cuatro?" ("Lovely Rita" y "When I'm Sixty-Four"); el panfleto hindú de rigor made by Harrison ("Within You Without You"); la canción compuesta especialmente para Ringo ("With a Little Help from My Friends") los ejercicios defensores del solipsismo alucinado del *angry young man* famoso que empalma con la literatura británica de los '50 ("Getting Better" y "Fixing a Hole"); la sensibilidad de McCartney al contar la historia de una adolescente en fuga ("She's Leaving Home" a la que The Kinks completarían con su "Polly"); la maldad de un Lennon soberbio despreciando su entorno con una sonrisa peligrosa y la que, seguramente, sea una de las canciones más inquietantes y majestuosas y perfectas de la Historia. Una canción que se presenta con un rasguido de guitarra, un puñado de notas de piano ascendentes y la tan espectral como resignada voz de un hombre que lee el diario y suspira porque ahora sabe cuántos agujeros se necesitan para llenar el Albert Hall.

HOY LEI EL DIARIO OH BOY. "A Day in the Life", la devastadora e inapelable canción que cierra el álbum, el lugar donde mejor ilumina el genio compositor y conceptual de Lennon & McCartney. Construída como un collage de recortes de periódico, el tema funciona como un sombrío cable a tierra que ensombrece con elegancia el brillo optimista y el festival psicodélico de las otras canciones. Su letra desafía todo análisis; no existe teoria o código interpretador al que aferrarse pero lo que acaba conjurándose es un día en la vida de dos músicos agobiados por su talento y su involuntaria influencia en millones de personas a las que no conocen. La sensación de claustrofobia —insinuada en "Lucy", "Fixing a Hole" y "Getting Better"— se hace evidente en el cataclismo final invocado por los cuarenta y un músicos de una orquesta sinfónica a los que se les negó toda partitura a cambio de que se pongan máscaras y fracs y —todos juntos ahora— tocaran lo primero que se les ocurriera en busca del crescendo de esa ambigua e intraducible despedida que es "habiendo terminado el libro, *I love to turn you on.*"

Mañana se cumple un cuarto de siglo del día en que todos los perros de Occidente se volvieron locos sin que nadie pudiera explicarlo. Veinticinco años de la mañana en que todos los amplificadores apuntaron hacia afuera y la banda de sonido del planeta pareció respetar una única partitura. Veinticinco años de que los Beatles conquistaron la tapa de *Time* y la primeras plana de *The Times*.

Allen Ginsberg —poeta beatnik quien no mucho tiempo atrás había aullado al ver a "las mejores mentes de su generación destruídas..."— se regocijaba ahora poniendo por escrito que "después del apocalipsis de Hitler y el apocalipsis de la bomba, aparecía en *Sgt. Pepper* una exclamación de gozo, el redescubrimiento del placer de estar vivo".

Pero quizás el testimonio más emocionado, emocionante y definitivo sea el del escritor Langdon Winner, recopilado por Derek Taylor para su libro/celebración *It Was Twenty Years Ago Today:* "El día que salió *Sgt. Pepper* yo manejaba por la Interstate 80. En cada uno de los pueblos donde me detenía por nafta o comida —Laramie, Ogallala, Moline, South Bend—, las melodias fluian desde alguna radio lejana o algún hi-fi portátil. Fue lo más asombroso que escuché en mi vida. Por un instante, la irreparablemente fragmentada conciencia de Occidente se hacia un todo en la mente de los jóvenes, yo cantaba con una ayudita de mis amigos y conducía mi automóvil a lo largo y ancho de lo más cercano a una comunión planetaria desde que tuviera lugar el Congreso de Viena en 1815..."

Después —enseguida—, The Beatles cruzaban por última vez Abbey Road, el sueño terminaba, el dinero no podía comprar ese amor que era todo lo que necesitabas, Mark David Chapman le pedía un autógrafo a John Lennon una fría noche de Manhattan y aparecían los que aseguran que *Revolver* es mucho mejor que *Sgt. Pepper.*